



José Santos González Vera 1892-8-1970
3335

Coleccionista de injurias y dudas

Antipodas de José Santos González Vera (1897-1970) —ganador del Premio Nacional de Literatura en 1950— fueron los hombres que aspiran a dejar, de cualquier modo, fama y renombre al salir de este mundo. El trabajó, casi desde niño, en lo que pudo: aprendiz de pintor, mozo de sastrería y de una casa de remates; obrero en una fundición; peluquero aficionado, lustrador en un club; secretario de una sociedad de carniceros, comisionista, cajero de almacén, vendedor ambulante de zapatos y de libros; cobrador de tranvías, corresponsal de periódicos; bibliotecario, dependiente de peltería, ayudante de corrector de pruebas. Bajo la influencia de Máximo Gorki, el amargo, tomó



Un amigo de juventud de González Vera, Sergio Atria, dijo que aquél fue uno de esos iluminados "qué poseían el secreto de la redención social". Y el propio escritor se acodó: finía espaciadamente sin quejarse, diciendo que siempre trató de divulgar "el comunismo anárquico, cuyo asiento en la tierra creía factible en no más de un lustro", reconociendo que "hubo períodos en los que comía poco", sin ser "un hambriento". Salió del liceo alegre y corriendo, casi sin estudios, a respirar el aire libre que le encantó siempre, comenzando a desdénar la autoridad y el poder, mientras se nutría con los libros de Zola y Gorki, de Kropotkin y de los geógrafos anarquistas que fueron los hermanos Reclus, de Stirner y de Bakunin.

¿Sus pasiones predilectas? El té, las pastillas de menta y la libertad, esa

que "nunca se halla junto a las espadas y a los fusiles", repugnándole sobremanera el lector de editoriales, el que "anbe frases" o se dedica a componerlas para regocijo propio y tristeza ajena.

Admitió que la pobreza lo convirtió en "un ser espiritual" y no renegó de considerarse "un coleccionista de dudas". No solía alterarse sino en cuanto veía en un país erigirse en estatua viviente a un mandón o dictador. En ese caso se preguntaba: "¿Sería inhumano decir, en una punta de la Constitución, que se concede acción pública contra quien se erija en tirano?".

Porque, mirando en Argentina la "revolución" de Uriburu, supo que hicieron "mil cambios inútiles, ascendieron todos los militares y rebajaron el carácter del pueblo". Aún más, puso oídos atentos y logró entender una sola cosa básica: "El ejército existe para defender la patria. Lo educan con dinero del pueblo, lo pagan con este mismo dinero. Se habla de que es una fuerza obediente. Ponen en sus manos las armas necesarias. ¿Y qué sucede? Se

alza contra el gobierno, oprime a los civiles, también los mata y cuando al fin es obligado a volver a sus cuarteles, ¿cuántos de éstos van a la cárcel o son ahorcados? Ninguno".

Con respecto a la religión, no hablaba mucho por un exceso de pudor, pero, siguiendo unas ideas de Pío Baroja, explicó en su libro *Altusé* (1928) que ese era casi un pueblo ideal, con "pocas moscas, un solo fraile y ningún carabiniere". Estaba seguro de que no era fácil tener visiones, aunque el éxtasis se hallara "sólo al alcance de los ricos", dando que el trabajador, "por la infatigable pericia de su tarea", la cual lo deja "exangüe", "no tendría jamás acceso al éxtasis". Otros, casi siempre enfermos del estómago, "adoptan el régimen vegetariano, lo que no ofende a Dios, pero el saber de las verduras y tubérculos los sume en la teosofía y mueren como aspirantes al nirvana".

"QUÉ BRUTOS, QUE DANINOS"

Su gran preocupación consistía en admitir la existencia concreta del

Coleccionista de injurias y dudas [artículo] Alfonso Calderón.

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Coleccionista de injurias y dudas [artículo] Alfonso Calderón. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile